

REVISTA DEL CENTRO DE LECTURA

Cuarta época

Reus, febrero de 1957

Núm. 56

Director: Sr. Presidente del Centro de Lectura

SUMARIO: «La trayectoria lírica de Juan Ramón Jiménez» (conclusión), conferencia por JOAQUIN SAURA. — «El Director General de Archivos y Bibliotecas en el Centro de Lectura». — «Actividades del Centro». — «Elogio de Principio de Siglo», por ISABEL RODÉS QUER. — «Varia». — «Relación de Periódicos que se encuentran en la Biblioteca del Centro».

LA TRAYECTORIA LIRICA DE JUAN RAMON JIMENEZ

(Conclusión)

al que pertenece el poema: *Vino, primero, pura*, citado al principio, y otro, al que vamos a referirnos ahora, que complementa al anterior de tal modo que los comentaristas de su obra tienen en ambos una guía segura de su estética.

En el primero de ellos, ya él mismo nos dice que, tras una intensificación de lo formal, del detalle, del matiz, su lírica llega a un tercer período de depuración selectiva en la que el poeta huye de lo que sea, o pueda parecer, un simple halago retórico y, en cambio, pretende lograr una poesía elemental, sencilla, pero plena en su contenido. Desea, como afirma en el segundo de los poemas mencionados, hallar la palabra exacta capaz de unir tres elementos: lo nombrado, el poeta y el lector; en un triángulo cuyos lados son: conocimiento intuitivo, evocación por la palabra y emoción tras la palabra. Dice así:

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!
...Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
los que no las conocen, a las cosas;

Que por mí vayan todos
los que ya las olvidan, a las cosas;
Que por mí vayan todos
los mismos que las aman, a las cosas...
¡Inteligencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!

Anhela, pues, hallar la palabra evocadoramente precisa y, guiado por esa intencionalidad, sus poemas aparecen «desnudos» de adorno, por ello predomina ahora la forma breve, hasta el extremo de que, a veces, un poema se reduce tan sólo a dos versos, como el conocidísimo:

No le toques ya más,
que así es la rosa.

(Piedra y Cielo)

En cuanto a la rima, tiene por ella una despreocupación absoluta. No ya por la rima consonante, sino también por la asonante. Emplea versos libres y, en ocasiones, una misma palabra se repite al final de los versos porque el ritmo no sigue los módulos tradicionales. De ahí que, en tanto esa labor de condensación nos enfrenta ante poemas cuya comprensión resulta difícil en una primera lectura, existen otros tan aparentemente fáciles que parecen no haber exigido el menor es-

fuerzo. Pero esto es sólo una apariencia. Todo poema ha sido el producto de una cuidada elaboración. El mismo ha escrito:

Perfección —sencillez, espontaneidad— de la forma, no es descuido callejero de la forma, ni malabarismo de arquitecto barroco y empachoso; que, en ambos casos, se enreda uno en ella por todas partes, nos llama a cada momento la atención, nos hace tropezar: sino aquella exactitud absoluta que la haga desaparecer, dejando existir sólo el contenido, «ser» ella el contenido.

Pero él sabe la enorme dificultad que entraña en muchos casos la total comprensión de un poema. Por eso dice que no cree en un arte para la mayoría. Ni le importa que la minoría entienda del todo el arte; basta con que se llene de su honda emanación.

Así, por ejemplo, un poema puede parecer la anotación esquemática de la esencia de un instante, porque en él se ha eliminado todo «arte» toda armonía supérflua, como en

Bebimos, en la sombra,
nuestros llantos
confundidos...

Yo no supe cual era
el tuyo.
¿Supiste tú cuál era el mío?

Y en otros una metáfora usadísima en las primeras épocas, como es la de las primeras rosas, se repite ahora, no como elemento accidental del poema sino como punto de partida del mismo.

De *Remordimiento*, el poema a que nos referimos, queda flotando en nosotros una primera impresión perfumada y colorista. No se nos da entero, de golpe, sino que en nuestro primer contacto con él nos llega tan sólo una armonía que nos prende, nos agrada, aunque su contenido quede en velada penumbra. Si ya no volviéramos al poema, nos bastaría con ello; lo inefable habría rozado impalpablemente el alma comunicándole una delicada vibración. Pero si volvemos, si por sentir bien con él, deseamos más del poema y repetimos la lectura, ya se nos dará por completo: el poeta pretende borrar el pasado en el recuerdo de Zenobia; pretende que el presente, un

presente feliz, oculte las horas de soledad transcurridas, y quisiera que la belleza del instante actual —rosas blancas y rojas— arrastraran el cuerpo y el alma para desasirlos del tiempo. ¿No hemos querido todos hacer que la persona amada olvide por nosotros lo que en el pasado pueda causarle dolor o acaso ligarla a otros seres? ¿En el egoísmo del tú y yo en un solo, no quisiéramos que el tú fuera yo? No queda, pues, en tal situación más que borrar el pasado, y para que así ocurra, el presente entreteje una enredadera de rosas, instantes de plenitud, con los que el cuerpo y el alma de ella se desligan de su órbita para entrar completamente en la nuestra.

REMORDIMIENTO

Le tapanía el tiempo
con rosas, porque no
recordara.

Una rosa distinta,
de una imprevista majía
sobre cada hora solitaria de oro
o sombra,
hueco propicio a las memorias trágicas.

Que, como entre divinas
y alegres
enredaderas rosas, granas, blancas,
que no dejaran sitio a lo pasado,
se le enredara.
con el cuerpo,
el alma.

Los temas líricos en este último período nos dicen claramente que el cambio ocurrido no es sólo una variación formal, sino, también, esencial. La eliminación de lo accesorio, que en grado sumo entraba en los libros anteriores, motiva que la poesía se llene de resonancias metafísicas.

El mar —tema fundamental del *Diario de un poeta recién casado*— no es motivo de creación ornamental, descriptiva, metafórica, sino de meditación; marco para la captación de instantes trascendentes. En *Eternidades* se nos dan claves estéticas (*Acción; Inteligencia, dame; Vino, primero, pura; etc.*), y lo amoroso con contenido filosófico. En la misma línea están *Piedra y Cielo, Belleza y Poesía...* A través de estos libros nos movemos, ciertamente, en otro plano. No obstan-

te, no faltan en ellos algunos temas (las rosas por ejemplo) repetidos, y se siguen empleando iguales recursos estilísticos (el contraste, por ejemplo), por lo que puede hablarse de una unidad esencial en la obra total del maestro, aunque existan, claro está, diversidad de momentos.

El contraste se halla como antes no sólo entre palabras:

Un cielo cada día,
cada noche. (257)
A veces me ahoga el mar el corazón,
hasta los cielos mismos.
Mi corazón ahoga el mar, a veces,
hasta los mismos cielos. (271)

sino que motiva todo un poema como:

La luna blanca quita al mar
el mar, y le da el mar. Con su belleza,
en un tranquilo y puro vencimiento,
hace que la verdad ya no lo sea,
y que sea verdad eterna y sola
lo que no lo era.

Sí.

¡Sencillez divina,
que derrotas lo cierto y pones alma
nueva a lo verdadero!
¡Rosa no presentida, que quitara
a la rosa la rosa, que le diera
a la rosa la rosa!

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero sirvanos como definitiva y última ilustración de nuestro aserto *Víspera*, del *Diario de un poeta recién casado*.

El poema está compuesto la víspera de un viaje desde Nueva York a Sevilla, paralelamente al viaje real se nos da una referencia al viaje de la vida que, casados, van a emprender juntos Zenobia y el poeta. En ambos casos el contraste surge entre el pasado y el futuro; lo que queda en tierra y lo que ofrece el viaje; entre el pasado que se cierra y el futuro que se abre. El pasado cuesta de abandonar y duele también dejar la tierra al embarcarse. Pero el pasado, como la tierra, seguirá solo, indiferente, hecho, con su vida que ya se desliga de la futura por el corte que viaje y boda marcan:

Todo se queda con su vida
que ya se queda sin la nuestra ..

y la incertidumbre de viaje y vida nuevos, pone una nota angustiada que se nos presenta con un doble enfrentar realidades y pensamientos:

¡Adiós a todas partes aun sin irnos
y sin querernos ir y casi yéndonos!

Adiós a tí,
a tí, que no llegaste a mí, aun cuando corriste,
y a quien no llegué yo, aunque fui deprisa.

Al adentrarnos en la obra de su tercera época, la imagen adolescente del poeta delicado, enfermizo, neorromántico, becqueriano, cede paso a la estampa grave de un afinadísimo profundizar en las cosas. No el perfume, sino la flor; no el color, sino la luz; no la música, sino la idea, es lo que ahora nos da. Esta nueva posición ha de llevarle necesariamente a medir el alma humana. Y el camino lleva derechamente a Dios.

Por los poemas de sus primeras épocas no puede hablarse en modo alguno de poesía religiosa en J. R. J. Existe sí, en *Arte menor*, la unción religiosa del *Lo que vos queráis, Señor*. Pero es una nota esporádica, que, todo lo más, sirve para negar la absoluta ausencia. Por otra parte, y como réplica a aquel poema, podríamos citar el reproche que dirige a Dios en el poema de *La carbonerilla quemada*. Y nada más. Es en esta tercera época cuando la preocupación por lo religioso surge. De un modo esporádico antes de su definitiva partida a América en poemas, como *Enfermo*, (*Ellos*), en que la ilusión se presenta envuelta en una queja, un reproche, o también de una manera más ortodoxa en el que empieza *Cada otoño...*

Pero la preocupación por lo divino aparece, en cambio, ya de una manera intensa y sostenida en sus últimos libros: los escritos en San Juan de Puerto Rico. Un primer paso nos lo da el poema *Espacio*. Todo él es un himno de amor. Antonio Machado habló, ya lo hemos dicho, de la lira franciscana de Juan Ramón: esa veta persiste a lo largo de su obra. *Espacio* es un poema traspasado de amor y de caridad: El poeta se siente feliz imaginando el mundo, nuestro pobre mundo, en paz,

hermanado no sólo hombre con hombre, sino hombre con animal y cosa y azul del cielo y mar. Todo le lleva a Dios, pero ese regalo del mundo en amor le mueve a pensar en la eternidad, segura inmensidad que, en fin de cuentas, no puede estar más que en Dios:

ESPACIO

¡Qué hermosa primavera nos aguarda
en el amor, fuera del odio!
¡Ya soy feliz! ¡El canto, tú y tu canto!
El canto...
Yo vi jugando al pájaro y la ardilla,
al gato y la gallina, al elefante
y al oro, al hombre con el hombre.
Yo vi jugando el hombre con el hombre,
cuando el hombre cantaba. No, este perro no levanta
los pájaros, los mira, los comprende,
los oye, se echa al suelo, y calla y sueña.
¡Qué grande el mundo en paz, que azul tan bueno
para el que no puede gritar, puede cantar.
cantar y comprender y amar!
Inmensidad, en tí ahora vivo;
ni montañas, ni casi piedra, ni agua,
ni cielo casi, inmensidad
y todo y sólo inmensidad;
esto que abre y que separa
el mar del cielo, el cielo de la tierra,
y, abriéndolos y separándolos,
los deja más unidos y cercanos,
llenando con lo lleno lejano la totalidad.
Espacio y tiempo y luz en todo y yo,
en todos y yo y todos.
Yo con la inmensidad. Esto es distinto,
nunca lo sospeché y ahora lo tengo.
Los caminos con sólo entradas o salidas
de luz, de sombra, sombra y luz y todo vive en ellos
para que sea más inmenso yo,
tú.
Qué regalo de mundo, qué universo mágico,
y todo para todos, para mí. Yo universo inmenso,
dentro, fuera de tí, segura inmensidad.
Imágenes de amor en la presencia
concreta; suma gracia y gloria de la imagen,
¿vamos a hacer eternidad, vamos a hacer la eternidad,
vamos a ser la eternidad?
Vosotras, yo podemos
crear la eternidad una y mil veces
cuando queramos. Todo es nuestro
y no se nos acaba nunca. ¡Amor,
contigo y con la luz todo se hace,
y lo que hace el amor no acaba nunca!

Y ya por último, el paso definitivo se nos da en *Animal de fondo*. La preocupación aquí es patente. Si todos

los caminos van a Roma, también podemos afirmar que el camino de la Belleza, mantenido con una total y absoluta dedicación, como ocurre con J. R. J., ha de conducir a intuir la Belleza absoluta que es Dios. Juan Ramón siente a Dios gotearle en su interior. La llamada de la divinidad le ha prendido fuertemente. Una y otra vez vemos como repite la frase *dios deseante y deseado*, lo encuentra en su propia vida:

tu me acompañas cruce único, me guías
entre los cuatro puntos inmortales

lo ve como *espejo*, por amor hacia todo lo creado, y donde ha de hallarse *el disfrute de lo mágico esencial nombrado*; se da cuenta del cambio que se ha operado en él:

éste que ayer mismo yo dudaba
de que pudiera ser en tí como lo soy,

ve en las cosas indicaciones del camino único; así, en *Los olmos de Riverdale*, refiriéndose a uno de ellos dice:

Y nos guía, para ver
lo que no ve quien más cuida
que no cabe en nuestra luz,
pero que nos ilumina
la conciencia; donde está
el dios de nuestra vivida
toda la luz nunca vista.

Dios se ha hecho pequeño en el interior del poeta para acompañarle en su pequeñez. Nos dice que allí está. Pero allí estuvo. Siempre. Cuando el poeta no pensaba en Él. Cuando la atracción de la belleza física cegaba su entendimiento a la luz y se dejaba prender en los puros deleites de formas y colores reflejados. Dios estaba como reconoce, con él en ese fondo de aire, además del más allá, conviviendo con él y deseando traspasarle con su luz. Y ese momento gozoso, profundo, ha llegado ya.

Finalmente el conferenciante analiza el poema *Soy animal de fondo* y dice: Ese animal de fondo es el hombre, es Juan Ramón y somos, ciertamente, todos nosotros. Viven en las profundidades abisales del mar animales diversos, ciegos, inmersos bajo

kilómetros de agua que se aclara a medida que ascendemos y por encima de la cual está la luz que viene del sol. Así el hombre es también animal de fondo, hermano de los peces abisales, pero él en un fondo de aire. Por encima de él hay kilómetros de aire, de luz solar; eso se diferencia de ellos. Pero se les iguala en que también no alcanza esa otra, que es la verdadera luz, porque brilla en otro ámbito; luz a la que no puede llegar más que cuando la muerte lo libere y ascienda a la región donde el Dios rayeante ha de mostrarse total y absoluto. Y dice Juan Ramón:

SOY ANIMAL DE FONDO

«En fondo de aire» (dije) «estoy».
(dije) «soy animal de fondo de aire» (sobre tierra).
ahora sobre mar; pasado como el aire, por un sol
que es carbón allá arriba, mi fuera, y me ilumina
con su carbón el ámbito segundo destinado.

Pero tú, dios, también estás en este fondo
y a esta luz ves, venida de otro astro;
tú estás y eres

lo grande y lo pequeño que yo soy,
en una proporción que es ésta mía,
infinita hacia un fondo
que es el pozo sagrado de mí mismo.
Y en este pozo estabas antes tú
con la flor, con la golondrina, el toro
y el agua; con la aurora
en un llegar carmín de vida renovada;
con el poniente, en un huir de oro de gloria.

En este pozo diario estabas tú conmigo,
conmigo niño, joven, mayor y yo me ahogaba
sin saberlo, me ahogaba sin pensar en ti.
Este pozo que era, sólo y nada más ni menos,
que el centro de la tierra y de su vida.

Y tú eras en el pozo mágico el destino
de todos los destinos de la sensualidad hermosa
que sabe que el gozar en plenitud
de conciencia amadora,
es la virtud mayor que nos trasciende.

Lo eras para hacerme pensar que tú eras tú,
para hacerme sentir que yo era tú,
para hacerme gozar que tú eras yo,
para hacerme gritar que yo era yo,
en el fondo de aire en donde estoy,
donde soy animal de fondo de aire
con alas que no vuelan en el aire,
que vuelan en la luz de la conciencia
mayor que todo el sueño
de eternidades e infinitos
que estás después, sin más que ahora yo, del aire.

Para terminar, el conferenciante resume, diciendo: Desde una primitiva lírica neorromántica, Juan Ramón Jiménez ha llegado a una poesía esencial, contenida en su forma y desbordante en su contenido. Las aportaciones becquerianas, modernistas, simbolistas, no han borrado en ningún momento la originalidad de su voz. Junto a su obra, solaz para el espíritu, está el ejemplo de su absoluta dedicación a la vocación poética. Un premio mundial ha refrendado el valor de su obra para orgullo y satisfacción nuestra; pero quizá ese premio vino a aumentar el dolor del poeta ante la inminencia de la muerte de su esposa.

Y si acaso alguien negara validez a los poemas de su última época afirmando no entenderlos, afirmando ser demasiado abstractos, contestémosle con las mismas palabras de Juan Ramón:

El poeta, la conciencia entera, no puede ser abstracto ni circunstancial. Sólo misterioso y encantador.

Claridad absoluta de la oscuridad relativa.

Al terminar su magistral lección, D. Joaquín Saura fué calurosamente ovacionado y felicitado sinceramente.

AMIGOS DEL TEATRO

Miércoles, 27 de febrero
A las 22'30 h.

II Sesión

El T. E. B., Compañía Titular del Teatro Alexis
de Barcelona, presenta

BOLERO

de Michel Duran.

Adaptación de Xavier Regàs.

Dirección: Esteban Polls y Francisco del Toboso.